



MISCELÁNEA

LA PARADOJA DE LA MEMORIA: REFLEXIÓN SOBRE IRENA SENDLER

***Mikla, Marzena**

*Lcda. en Enfermería. Hospital General Universitario Reina Sofía. Murcia.

Hace unos días, el 12 de mayo, en Varsovia (Polonia), murió Irena Sendler, polaca, heroína del Holocausto, que salvó a más de 2.500 niños judíos. Tenía 98 años. Fue propuesta para el Premio Nobel de la Paz del año 2007 y aunque sin duda se lo merecía más que el resto de nominados, finalmente no le fue concedido. La Academia sueca decidió otorgárselo a Al Gore.



Hasta sus últimos momentos concedió entrevistas, se reunía con los miembros de la Asociación de Niños del Holocausto, participó en la grabación de un documental en contra de las recomendaciones de su médico. Recordaba todo y a todos. Después de los encuentros lloraba recordando que en aquellos momentos terribles de la II guerra mundial podía haber hecho más, salvar más niños. *“Podría haber hecho más, y este lamento me seguirá hasta el día en que yo muera”*. Se molestaba cuando los extranjeros que no conocían bien la realidad polaca de entonces, la comparaban con lo que hizo Oscar Schindler. Primero porque en Varsovia se salvaron más personas de origen judío que en Cracovia y segundo por que Schindler, protegiendo de la muerte a las personas empleadas en su fábrica, ganaba millones y sobre todo no arriesgaba su vida, al contrario que Irena Sendler y sus colaboradores que, cada día, durante los 5 años y medio de ocupación, rozaban la muerte.

Las raíces de su bondad.

Irena Sendler nació el 15 de febrero de 1910 en Varsovia. Cuando tenía 7 años su padre, Stanislaw Krzyzanowski, murió contagiado de tifus. Era médico y trabajaba con los más pobres, sobre todo con judíos. Él le decía que debía *ayudar siempre al que se está ahogando, sin tener en cuenta su religión o nacionalidad. Ayudar cada día a alguien tiene que ser una necesidad que salga del corazón*.

Estudió filología polaca y se casó en 1931 con Mieczyslaw Sendler, amigo de la Universidad. Más tarde empezó a trabajar en el Centro Social de la Madre y el Niño. Ingresó en el Partido Socialista Polaco (PPS). Luego trabajó en los servicios sociales del Ayuntamiento de Varsovia.

Cuando en 1939 Alemania invadió Polonia ya tenía mucha experiencia como trabajadora social.

¿Puedes prometerme que mi niño vivirá?

El Gueto de Varsovia fue creado por los nazis en octubre de 1940. Apiñaron allí a más de 400.000 personas en un barrio de 2,6 km², rodeado por un alto muro. Las condiciones de vida eran muy difíciles, dominaba el terror. La mortalidad era muy alta, reinaban las enfermedades infecciosas, había hambre, mucha hambre.

Desde los primeros días Irena organizó la ayuda para los más pobres. Al principio era una ayuda material como dinero, comida o ropa. Junto con un par de personas de la Sección de la Asistencia Social de Varsovia, que era controlada por los nazis, fue pionera en organizar acciones de huída para salvar a los niños judíos del Gueto, creando una red de enlaces.

En 1942 se formó la “*Zegota*” (Consejo de Ayuda a los Judíos) una organización clandestina para ayudar de diversas formas a los judíos. Irena fue la Jefa de Sección de Niños.

Como trabajadora social consiguió el pase del Departamento de Control Epidemiológico de Varsovia para poder acceder al gueto de forma legal.

A menudo entraba allí vestida de enfermera llevando medicinas y comida. Los alemanes lo permitían temiendo que la epidemia de tifus pudiera extenderse fuera del gueto.

Hoy nos preguntamos ¿cómo sacaba afuera a los niños? Algunos huían por los agujeros en el muro y luego vagabundeaban por las calles, otros fueron sacados entre los restos de basura o en ataúdes.

Elzbieta Fickowska que en los últimos años cuidaba de Irena, tenía 6 meses cuando se la llevaron del Gueto en un camión, oculta en una caja entre ladrillos. Su madre le metió una cuchara grabada con su nombre y con la fecha de nacimiento. Fue escondida en casa de Stanislaw Bussold, viuda católica compañera de Irena.

Otros salían por las alcantarillas del Gueto. Sin la colaboración de los enlaces no se podría hacer mucho.

En Gueto había un camión que llevaba los productos de limpieza, el conductor era Antoni Dabrowski. Gracias a su colaboración Irena podía utilizar su vehículo para transportar a los niños afuera. Administraba los somníferos, para que durmieran y no lloraran poniéndolos en los sacos y sacándolos como víctimas de tifus. Intensificó su actividad cuando los alemanes empezaron a desalojar el Gueto transportando a los judíos a Treblinka, un campo de concentración, donde se les mataba con gas.

Estremecedores eran los momentos de separación, cuando las madres decidían confiar a su hijo al cuidado de Irena. Ellas sabían que era la única manera de salvar a sus hijos, a pesar de su instinto maternal, instinto básico, decidían darles la oportunidad de sobrevivir a ese infierno, de salvar sus vidas. Para Irena esas mujeres eran heroínas, luego en sus sueños siempre volvían las escenas de separación. Eran horribles, decía.

Nuevo hogar.

Irena alojaba a los niños en los conventos de monjas -Hermanas de la Caridad, Hermanas de la Familia de María-, en los orfanatos, en las parroquias católicas, en las familias adoptivas.

La participación del grupo de Irena Sendler en la salvación de los niños, repartiéndolos en los monasterios o entre las familias adoptivas para que sobrevivieran a la guerra, fue inmensa. Fue una gran obra y de extraordinario humanismo – dice hoy Wladyslaw Bartoszewski, uno de los miembros de Zegota en aquellos tiempos.

Era consciente de que la identidad verdadera era inestimable, que durante el tiempo de la ocupación debían cambiar su identidad pero después lo que importaba era la verdad sobre sus raíces, su apellido. Por eso creó un catálogo, una lista, con los datos de los niños salvados. Una manera curiosa e inteligente. Apuntaba en unos trozos de papel el apellido verdadero, la fecha de nacimiento, el apellido falso, siempre polaco para no levantar sospechas, y la dirección donde ubicaba al niño. Todos estos trozos los guardaba en una botella, como decía, era una manera ingenua, pensando en que si llegaban los alemanes podría tirarla por la ventana sin despertar sospechas. Una noche llegaron los alemanes, pasó demasiado deprisa y no le dio tiempo a tirar la botella por la ventana, la guardó en la manga de la bata de su amiga, quien después la enterró debajo de un manzano en el jardín.

Fue el día de su santo, cuando la arrestaron y se la llevaron a Pawiak (una antigua cárcel donde los alemanes retenían e interrogaban de manera cruel e inhumana a los resistentes polacos, “enemigos políticos”, etc.)

La torturaron, rompiéndole los huesos para que desvelase la información que poseía. No lo hizo. Fue condenada a muerte. La salvaron sus compañeros de *Zegota* pagando a un soldado alemán que la llevaba al fusilamiento. La dejó escapar por una puerta, gritando en polaco “¡Corre!”. Al día siguiente su apellido estaba en la lista de los fusilados.

Al escapar cambió su nombre por “Jolanta” y hasta los últimos momentos de la guerra siguió empeñada en ayudar a los más necesitados. Hizo un curso de enfermería y en el Levantamiento de Varsovia en 1944 trabajó como enfermera de la Cruz Roja. Es famosa su foto de aquellos tiempos con su bata blanca y la cofia de enfermera.



Ángel olvidado

Al terminar la guerra Irena Sendler entregó su famosa lista con los datos de los niños salvados a Adolf Berman, el secretario de *Zegota* y después de la guerra, el presidente del Comité Central de los Judíos en Polonia. Él se la llevó a Israel y allí circularon innumerables copias. Nunca se encontró el original.

Trabajaba como asistente social, creando residencias para ancianos, orfanatos y colaborando con la Escuela de Enfermería de Varsovia.

Los tiempos del comunismo fueron muy difíciles para ella. El tormento sufrido por los innumerables interrogatorios y el hostigamiento de la policía secreta, le provocó un parto prematuro en el que murió su hijo. Se quedó en el olvido por todos y durante mucho tiempo. Sabía que su actividad durante la II Guerra Mundial influyó seriamente en la vida de sus hijos. El apellido de su hija se tachó de la lista de estudiantes, aunque aprobó el examen y a su hijo le pasó lo mismo unos años más tarde. Enfrentándose a los obstáculos, preguntaban

a su madre con las lágrimas en los ojos: ¿Mamá, que mal has hecho en tu vida? Ella sufriendo guardaba silencio.

En 1965 recibió el título “Justo entre Naciones” otorgado por la institución oficial israelí Yad Vashem, pero hasta 1983 no pudo cultivar el árbol en el Bosque de los Justos. Visitó entonces una escuela en Tel Aviv. *“Estuve algunos días tratando de aprender hebreo, para poder hablar con los niños. Cuando entré en el aula, ellos cantaron para mí el Himno nacional polaco en mi idioma, no pude contener el llanto”.*

Después, con su enorme modestia, eludiendo la publicidad, fue olvidada hasta que en el año 1999 unos estudiantes de Kansas se toparon con su historia. Preparando un trabajo de historia junto a su maestro Norman Conard descubrieron que en Polonia vivía una heroína del Holocausto que salvó a más de 2500 niños. Prepararon un espectáculo “Life in a Jar” que fue presentado más de 200 veces en EE.UU. Desde entonces empezaron a comparar a Irena Sendler con Oscar Schindler. Se hizo famosa.

En 2003 fue distinguida con la más elevada condecoración polaca, La Orden del Águila Blanca (instituida en el año 1705).

Ese mismo año recibió una carta de agradecimiento y felicitación por su actitud extraordinariamente valiente y humana durante la II guerra mundial del Papa Juan Pablo II. Esa carta fue su preferida.

El año 2007 le trajo otra medalla, esta vez de los niños, La Medalla de la Sonrisa, una condecoración internacional que otorgan los niños a los adultos.

Los que recuerdan

La mayoría de los niños salvados por Irena Sendler nunca encontraron a sus familias. A menudo ninguno de los parientes sobrevivió a la guerra. No conocían sus orígenes. Algunos se enteraron por su familia adoptiva cuando ya fueron adultos. Los que viven gracias a Irena Sendler recuerdan su bondad y valentía. Entre ellos conocemos hoy al Profesor Michal Glowinski, historiador y crítico de literatura; a Anna Drabik, presidenta de la Asociación de los Niños del Holocausto, a Elzbieta Ficowska miembro de la Asociación. Otros son: Katarzyna Meloch, Teresa Corner (Israel), Renata Zajdman (Montreal), Piotr Zysman Zettinger (Estocolmo), Irena Wojdowska (Szczecin).

Irena Sendler siempre subrayaba que ella sola no hubiera podido hacer nada, que gracias a sus colaboradores pudo salvar a tantos niños. Nunca se consideró una heroína. Hoy ya no está entre nosotros, pero quedan sus hechos y un ejemplo a imitar.

¡Un gran ejemplo!

ISSN 1695-6141

© [COPYRIGHT](#) Servicio de Publicaciones - Universidad de Murcia